

LA ATENCIÓN ABIERTA O EL SABER DEL NO SABERSE.¹

Padre Hugo Mujica.

*El dios tiene sus propias medidas,
él es solo un instante
rozando apenas las moradas de los hombres,
y éstos, de hecho,
no saben lo que es,
y no pueden saberlo porque permanecen
prisioneros del género de saber con el que
habitualmente conocen las cosas y las circunstancias y
a sí mismos.*

Hölderlin

I

Hay, entre muchas otras, dos posibles maneras de estar ante una puesta del sol –ante ella o ante la vida toda que ese sol alumbrá-, una es verla, ver la evidencia en sí misma, abrirse al don de lo que está simplemente dado, al ofertorio de todo lo que es y brota desde su propio misterio, todo lo que por brotar y ser es dándose. La otra, la habitual, la del saber reflexivo, es reflejarse en lo que se mira, reconocernos en lo que nos vemos... Reflejarnos en todo sin entregarnos a nada.

En la primera actitud el sol *aparece*, está en su propio ahora, es su presencia; en la segunda, se *me* aparece, está en mí, es mi percepción, mi representación de él. En aquélla, la atención desnuda, contempla, se despliega en la alteridad, se libera y trasciende; la segunda mira, mira pero no ve: se ve, se

¹ Recibido el 05/2013, aprobado el 06/2013.

repite y repliega mismidad. Una se dona en la acogida: se abre; la otra conquista, clausura lo percibido, lo define, le pone fin. Es encierro, espejo.

Para el conocimiento funcional, para la mirada cautiva de la utilidad, las cosas no se manifiestan, no son en su libertad, son lo que de ellas capturo no lo que ellas tienen de don. Son tan solo lo que son *para* mí. No son en y desde sí, son desde y hacia mí. Son su precio no su gratuidad.

Se puede mirar con los ojos o, valga la redundancia, mirar con la mirada. El recién nacido –los ojos que aún no nombran– mira con los ojos todavía cuerpo, todavía tacto, carnadura entera; el adulto mira no ya con los ojos sino con la mirada, el adulto, como adulto adultera: anticipa... No conoce, reconoce; no siente, presiente.

En la mirada desasida de sí, en la atención abierta, en lugar de percibir la realidad regidos y rigiéndola por nuestros intereses y deseos, la mirada suelta las ataduras que la ciñen a la voluntad, también a la simple razón, y se abre para dejar que le llegue el mundo, casi diría que se nazca en él. Callan las distinciones y se suspenden las apropiaciones: la percepción se expande acogida.

Ver, entonces, es dejar que el cuerpo se abra, se extienda mirada atenta y desnuda. Se abra al mundo dejando que el mundo se abra en él. Y es también escuchar y palpar, hasta oler y gustar ese mundo, porque un cuerpo abierto es siempre un cuerpo entero.

*Sin sombra, sin silbidos,
sobre el valle*

pasa el viento

y solo las hojas

y la piel del agua lo palpan.

Habría que mirar

el correr del río

hasta que nos lave los ojos del propio reflejo

hasta permear

su transparencia,

hasta desnudar la mirada.

II

“Hay quienes cruzan un bosque –lamentaba el gran León Tolstoi– y solo ven leña para el fuego”. Ese, u otro bosque –podríamos imaginar para cotejar las dos actitudes que intentamos distinguir– no se dice ni manifiesta de igual manera, ni con singular voz, al que mide y pesa con su mirada el caudal de leña que de él puede extraer, ni al que lo recorre catalogando las especies de árboles o descifrando sus edades en los anillos de sus troncos, que al paseante que lo recorre o, más específicamente, y poco a poco, paso a paso, que más que recorrerlo va siendo llevado por él, como conducido por el asombro que sus verdes claroscurios le abren, guiado por el piar de imperceptibles pájaros o el susurrar del viento con que lo llaman hacia adentro, como presagiando lo que le adviene, o se encuentra elevado hacia la luz de algún calvero que se abre entre el ramaje de esos árboles y le da el descanso de olvidar su peso, lo libera de su memoria, lo exime de sus proyectos. Le regala el estar, el simple estar siendo en cada paso abandonado.

No se trata, ni me interesa, de legitimar una mirada o desvalorar otra, cada una suele tener su justificación, su intrínseca finalidad. O no tenerla y ser gratuidad, ser lo que va siendo, nacerse en el sin por qué de ese andar, de esa errancia. Lo que importa, sí, es cuánto de ese bosque, calculado o contemplado, templa y penetra, diría se encarna, en quien lo atraviesa. Atañe, sí, ya que cada vida tiene la dimensión de su acogida, de la apertura a lo que adviene y en lo que acogiendo deviene esa vida.

El que únicamente ve la leña, puede llegar a contar los árboles y calcular su precio, pero no atraviesa un bosque, continúa recorriendo el mundo del trabajo,

girando en la rueda de la producción: pasa por el bosque sin que el bosque pase por él. Solo el otro, el paseante, el de la atención desnuda, se abre a la medida sin medida del misterio con que un bosque, ese y toda foresta, late, palpita y ofrenda. Se abre a la presencia y vibra en consonancia con lo percibido. Se templea en lo que contempla.

Es éste, el que no busca ni espera, el que simplemente anda, quien se abre al misterio, al misterio que lo abre a él, a su don que es abirnos en y hacia él. Al don del misterio o el misterio del abrirse, atención abierta sin desde un dónde se abre, algo así como la famosa imagen de Dios en el *El libro de los veinticuatro filósofos*: “una esfera cuyo centro se halla en todas partes y su circunferencia en ninguna”. Después de todo, la imagen fue acuñada en pleno siglo XII, cuando el hombre aún se concebía a sí mismo como ícono de ese Dios; como tajo de ese abismo.

Uno y otro de nuestros personajes –el preocupado y el desocupado–, imaginemos, salen del bosque, vuelven a su quehacer. Uno con su cálculo resuelto, con la suma de lo mismo sumada, el otro siendo otro que el que entró. Ese paso a paso, ese dejarse llevar por lo que nos llega, ese ir tras las señas que el cuerpo siente y la intuición vislumbra, es el paso del pensar al contemplar. Del saber lo otro al olvidarse a sí.

Las mareas

y los vientos,

las olas y las nubes

llegan

sin predecir su partida

parten sin conocer

su regreso.

También el olvido

es una entrega

*y no saber puede ser
una inocencia,
suele abrirse una creación.*

III

Tan pronto como las cosas dejan de ser degradadas por una extrínseca finalidad, dejan de ser un medio hacia otra cosa, tan pronto como entran en el espacio del desapego y la atención abierta, ellas irradian desde la desnudez de su ser, encienden su presencia, acontece la serena celebración de lo que está, de lo que hay. Para la atención desasida, para el saber del no saberse, para el ver que no solo mira o el oír que también escucha, las cosas se manifiestan: *son* el don de su ser y su no ser, su expresión y su reserva; la desnudez con que se muestran y el pudor con que se ocultan. Las cosas, y entre ellas, sobre la tierra y bajo el cielo, nosotros también.

“Basta ya de ideales venenosos, hay que vivir sin finalidad. Una semilla nunca pregunta si va a ser tal o cual árbol, simplemente crece”. Lo dijo el mismo Nietzsche, que escribió en otro lugar, que la naturaleza del hombre da un “salto de alegría” cuando se supera la ilusión de la finalidad y se percata de que él mismo es el fin y el tiempo del instante, que toda meta es un después y el después una mera cuenta. Y, dejando de lado todo veneno, da su última y más encarnada versión: “Quiero que no hagas las cosas con un *por lo que* y un *porqué* y un *para qué*, sino que hagas cada cosa por la cosa misma y por amarla”.

Para que cada cosa no tenga otro fin que ser lo que está siendo, otra meta que la plenitud de su llegar a sí, hay que aceptarla como don y figura del instante, no buscarle ni exigirle una finalidad, no empujarla más allá de sí ni buscar su permanencia en un aquí; dejarla ser, y por amarla —como nos pide Nietzsche—, y porque el amor ama soltando, también dejarla pasar, aceptarla como roce y despedida. Figura del instante, pero que al no ser condicionada por un antes ni referida a un después, también acontecimiento y eternidad, esos otros nombres, entre tantos, de lo imposible de nombrar.

Dentro de esta actitud, este dejar ser, lo desconocido se hace presente pero no conocido, no reducido a la exigencia de identidad y unidad, a lo representable y presente ante mí. Es lo que se manifiesta, no lo que se muestra, presencia no mero presente. Es en esa suspensión de la referencia –tanto de la finalidad de la significación como del lenguaje de la representación–, es en esa libertad, donde lo visto se amplía y en ese mismo vacío de referencia extiende la anchura de sus significados, expande la constelación de sus sentidos.

Ni el pensamiento precede a la comprensión ni la comprensión termina en el pensamiento. Se trata de abrirse a la significación de cada cosa sin el contexto que la explique ni la catalogación que la sitúe. Se trata de dar cabida a cada cosa como única, acogerla en su ser presencia, en su rostro incomparable. “Cada ángel agota su especie, es único, solo, imparido”, dejó escrito un teólogo medieval. Algo así, pero no solo los ángeles, todo aquello que es único: cada uno y cada cosa, sin cerrarse nunca en un todo ni agotarse en su mismidad.

En esta experiencia –experiencia ni empírica ni experimental y no obstante real–, queda borrado todo antes y cualquier después, y se comprende que no es necesario tener fines, pues estamos siempre en la meta, que lo que esperamos siempre estuvo y lo que buscamos abrir ya nos abarcaba.

También, si pensamos en el *aura*, en la bella imagen de Walter Benjamín, queda anulada no solo la temporalidad sino también su espacialidad –al menos en su contradicción–, dado que ella, el aura, nos dice, es la “manifestación irrepetible de una lejanía por cercana que pueda estar”. Un encuentro, diría yo, acontecido en la gracia del ahora de la atención abierta, un encuentro entre una lejanía de reverencia y una cercanía de intimidad, como el aspirar en que nos recogemos y el expirar que nos despliega, algo así como el día y la noche o el cuerpo y el alma.

*Al atardecer,
cuando todo se aquieta, arrojo cuesta abajo
un guijarro.*

Camino del abandono;

ofrenda de no elegir los pasos.

Así, cada cosa, cada ser, es su tiempo y su no tiempo, su vivir y su morir, y así configura el movimiento de la vida, su llegar y partir en su mismo estar, su estar y trascender abriendo su estar.

El espíritu de la cosa –escribe Clarice Lispector– es el aura que rodea las formas del cuerpo. Es un halo, un hálito, un respirar. Es lo que hay de espíritu, de energía invisible y única en las cosas. Es una manifestación. Es el movimiento liberado de la cosa.

IV

En otro registro sensorial, la atención abierta, aquí la escucha atenta, atenta y desasida, escucha la música, el oír clasificador detecta los instrumentos. El oír oye las olas, la escucha, en la furia misma de esas olas, escucha la subyacente calma del mar, su descansar en sí mismo. Escucha lo que calla.

Es esta primera posibilidad –la de dejar que las cosas resuenen en nosotros y en la decisión de conceder a su presencia todas sus voces y matices, permitiéndoles prevalecer por encima de cualquier significado predeterminado, que puedan despojarse de todo velo conceptual y discursivo–, lo que en la poesía, en su escritura y escucha, se busca. Se busca dejando de buscarse, abandonando esa ilusión, esa separación que llamamos *yo*. Ese *yo* que el escritor suele llamar autor, ese equivocado ejercicio de la autoridad sobre la creación, de casi todo lo humano sobre la vida que se le dio, sobre la naturaleza, el dios o sobre su propio existir.

Un conocimiento así, para serlo, pide la borradura del sujeto y la consecuente superación de la tautología que define y ciñe el conocer a la apropiación y representación de lo objetivado, que instaura a la conciencia como legitimación y lugar de todo ser y saber. Conocimiento, el que buscamos, totalmente subjetivo, dado que ni el que conoce ni lo conocido es rebajado a

objeto, es reificado. Ese despeje, ese retraerse del sujeto, es el espacio de la comprensión sin aprehensión, de la atención abierta, desasida y liberada de sí. Paso atrás que más que alejar deja llegar la cercanía, que se abre al abismo de la inmediatez, al origen de todo lo naciente, al don de la creación.

Un pájaro

alza vuelo a ras de la playa,

un pájaro o un mundo

abriéndose

de par en par;

como está abierta

la vida

cuando vemos

lo que está mostrando,

cuando la miramos

sin buscar un por qué.